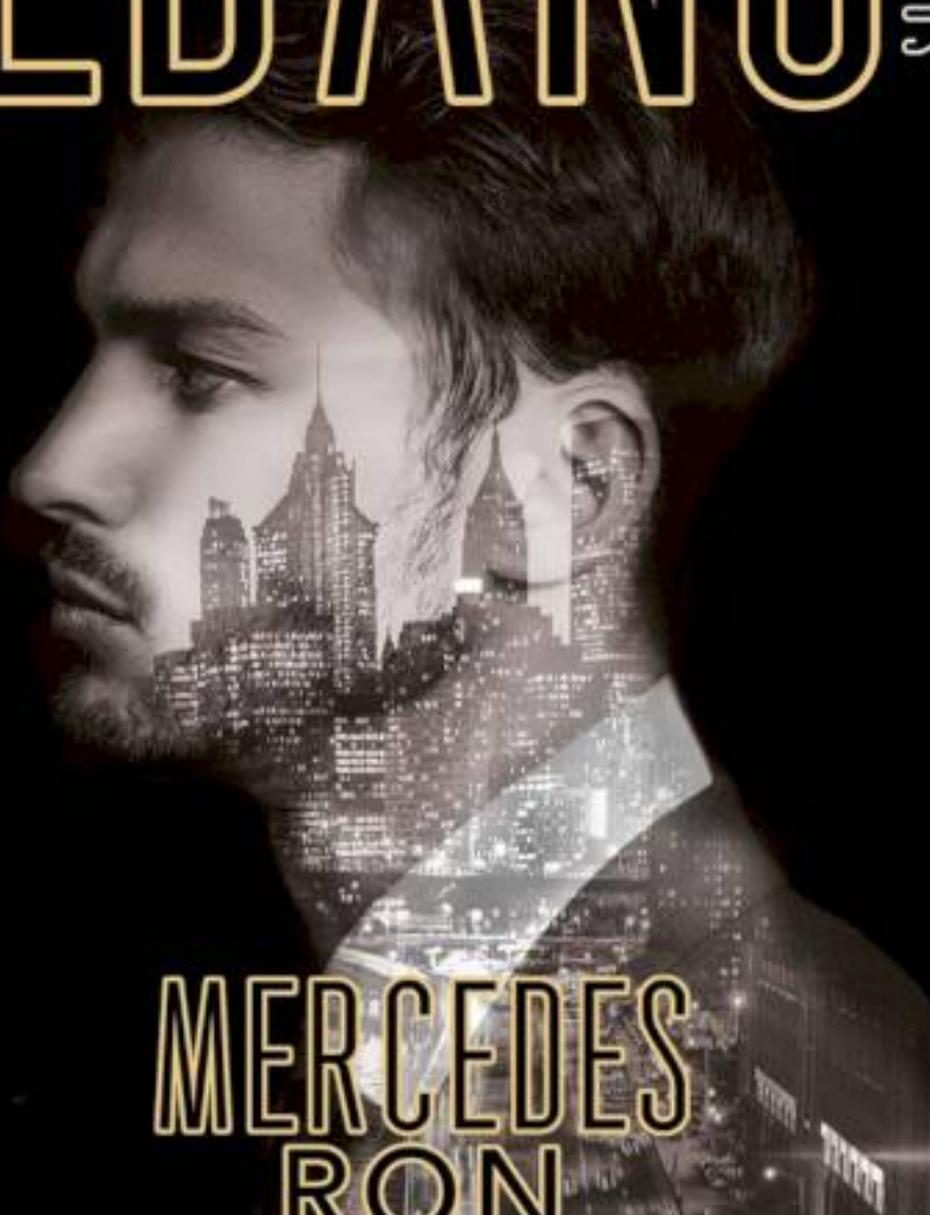


ÉBANO

ENFRENTADOS

A black and white profile of a man's face, looking to the left. The image is semi-transparent, revealing a city skyline at night with illuminated buildings and streets. The man has short, dark hair and a light beard. The overall mood is dramatic and intense.

MERCEDES
RON

Marfil ya no es la misma. Todo lo que creía que era verdad ha demostrado ser una mentira más. También Sebastian.

Sus enemigos intentarán doblegarla, hacerla suya, la amenazarán con acabar con todo aquello que Marfil ama... Ahora que está en peligro es cuando más necesita que alguien le diga al oído que todo irá bien. Aunque sea otra mentira.

Con Sebastian ocupando cada parte de su mente, pero dolida por su traición, Marfil se obligará a sí misma a no sentir nada por él. Pero, cuando los secretos empiezan a desvelarse, ni siquiera su férrea voluntad conseguirá que lo odie tanto como ella desea.

¿Podrá Marfil perdonar tantas mentiras? ¿Será capaz de dejar a un lado el pasado y escuchar su corazón?

Índice de contenido

Cubierta

Ébano

Dedicatoria

Prólogo

1. Marfil

2. Marfil

3. Marfil

4. Marfil

5. Marfil

6. Marfil

7. Marfil

8. Marfil

9. Marfil

10. Marfil

11. Marfil

12. Marfil

13. Marfil

14. Sebastian

15. Marfil

16. Marfil

17. Sebastian

18. Marfil

19. Sebastian

20. Marfil

21. Marfil

22. Sebastian

23. Marfil

24. Sebastian

25. Marfil

26. Sebastian

27. Marfil

28. Marfil

29. Sebastian

30. Marfil

31. Marfil

32. Sebastian

33. Marfil

34. Sebastian

35. Marfil

36. Sebastian

Epílogo. Marfil

Agradecimientos

Sobre la autora

*A mis #CULPABLES,
por apoyarme desde el principio, por creer
en mí cuando nadie lo hacía y, sobre todo,
por seguir a mi lado desde entonces.*

¡Os quiero!

Prólogo

Temblando cogí la pistola que Marcus me tendía. Lo sabía todo sobre ella: cómo cargarla, cómo desarmarla, el nombre exacto de cada parte que la conformaba..., pero nunca la había entendido como la entendí en los minutos que siguieron a aquel momento.

Y todo porque él nunca debió estar allí.

Nos habían engañado y ahora... Ahora todo estaba a punto de irse a la mierda.

Le había dicho a Sebastian que estaba lista para morir, que no me importaba perder la vida si al hacerlo conseguimos nuestro objetivo, que me daba igual morir por una buena causa, pero ahora que tenía el arma delante... Me sorprendió no temer tanto por mí, sino por él...

—Vamos a jugar a un juego, ¿os parece? —dijo Marcus, sonriendo de aquella manera infantil que me provocaba escalofríos.

Mis ojos se apartaron del arma y subieron hasta encontrarse con los de Sebastian.

Todavía no entendía cómo demonios había conseguido llegar hasta allí, aunque las heridas en su rostro y en su abdomen dejaban claro que había tenido que pasar por un infierno hasta encontrarme.

¿Por qué me sorprendía? Me había dicho que lo haría..., que, si las cosas se desmadraban, entraría en persona a sacarme de allí.

Y lo había hecho.

—¿Quién quiere empezar? —dijo Marcus, cogiendo la pistola de entre mis dedos y colocándola en el centro de la mesa. La giró con un movimiento seco y, cuando el arma se detuvo, su sonrisa se agrandó hasta ocuparle toda la cara —. ¿Las damas primero?

Negué con la cabeza.

—Por favor... —le supliqué con la voz rota.

—Hazlo o seré yo quien le pegue un tiro, y no será directamente en la cabeza, no; sino que empezaré por una pierna, luego otra, luego en las costillas y en cualquier parte que se me antoje hasta que me supliques a gritos que lo mate de prisa.

Conteniendo las lágrimas, cogí la pistola de la mesa y la levanté con manos temblorosas.

—A la cuenta de tres... ¿de acuerdo?

Nuestras miradas se encontraron... La mía estaba horrorizada; la de él, calmada como el océano en un día de verano.

—Uno —dijo aquel cabrón hijo de puta.

Sebastian asintió dándome ánimos.

—Dos.

—No puedo... —dije llorando, mientras bajaba la pistola.

Pero Marcus me levantó el brazo con fuerza. Me apretujo los dedos y me obligó a apuntarle a la cabeza a la persona de la que estaba enamorada.

—Hazlo, elefante...

Negué con vehemencia y los dedos de Marcus me hicieron daño al apretarse con más fuerza contra el hierro del arma de fuego.

—Tres.

El estruendo del disparo me hizo cerrar los ojos y gritar.

1

MARFIL

¿Alguna vez habéis tenido una pesadilla y muy en el fondo de vuestra mente habéis sabido que todo lo que estaba ocurriendo a vuestro alrededor era un sueño, que no era real?

Así era exactamente cómo me sentía. Mientras esperaba a que el avión que me llevaba al infierno aterrizase por fin, mi cerebro intentaba con todas sus fuerzas despertarme de una vez, pero mi mente se estaba tomando su tiempo...

Me pellizqué con fuerza hasta casi hacerme daño. Mis ojos miraron fijamente la marca roja que había dejado en la piel blanquecina de mi brazo y mis ojos volvieron a inundarse de lágrimas; más que ayudarme a desahogarme, lo único que hacían era llenar de agua el pozo donde me habían metido.

Si tres meses antes alguien me hubiese dicho que mi padre era traficante, me habría reído en su cara. Si tres meses antes alguien me hubiese dicho que iban a intentar matarme no una, sino tres veces, habría buscado la cámara oculta. Pero si tres meses antes alguien me hubiese dicho que iba a enamorarme..., lo habría escuchado con atención. Eso sí era algo que quería, que esperaba desde hacía

años, pero nunca me hubiese creído que iba a enamorarme de un delincuente.

Delante de mí pude ver a Sebastian, que me había estado mirando desde la distancia mientras subía al avión privado de Marcus Kozel. Una parte de mí esperaba que Sebastian acabase con todo aquello, que fuese una trampa y que en cualquier momento me rescatase para meterme en el coche y llevarme lejos de aquella locura. Pero no lo hizo.

Me permití mirarlo una última vez antes de entrar en el avión.

Serio, como siempre, me miró desde donde estaba como si nada de todo aquello fuese con él. ¿Cómo podía ser tan hermético? ¿Cómo demonios podía entregarme a mi peor enemigo y seguir con su vida?

No quise darle muchas más vueltas.

Sebastian Moore, al igual que el resto de los hombres en mi familia, estaba muerto para mí.

En el avión, aparte de la tripulación, había dos hombres enchaquetados que supuse que serían mis guardaespaldas a partir de entonces. Ninguno quiso darme muchas explicaciones sobre cuáles habían sido las órdenes de Marcus, y yo, estando como estaba, tampoco quise insistir demasiado.

Dos SUV de color negro nos esperaban nada más aterrizar. Tardamos unas cinco horas en llegar y, en cuanto bajamos, comprendí que lo que había ocurrido hacía dos noches había sido tan serio como había imaginado. Uno de los guardaespaldas que esperaba a que bajara del avión se me acercó para presentarse como el jefe de seguridad de Marcus Kozel.

—Bienvenida a Miami, señorita Cortés —dijo mientras se quitaba las gafas de sol negras y me tendía la mano.

Se la estreché sin mucho entusiasmo y observé a mi alrededor, a la vez que el calor seco creaba una capa fina de sudor en mi frente.

—El señor Kozel no llegará hasta esta noche, nos ha pedido que la llevemos directamente a casa.

Me hirvió la sangre al oírlo hablar de Marcus como si fuera mi jefe, como si yo fuera suya y pudiera ordenar cuándo y adónde debían llevarme.

No dije nada, simplemente subí a la parte trasera del todoterreno y empecé a idear algún plan para escaparme. Tenía miedo, no quería ver a Marcus y solo con imaginar que volvíamos a estar a solas me ponía a temblar.

Iba a tener que ser fuerte. Mi padre no me dejaría allí mucho tiempo, vendría a buscarme, me llevaría a casa y allí solucionaríamos el tema de las personas que intentaban matarme, ¿verdad?

Aunque pensar en volver a esa casa con la persona que me había mentido desde que nací, con un delincuente que seguramente había sido el responsable de la muerte de mi madre..., hizo que se me revolviere el estómago.

«Respira hondo, Marfil...», pensé.

El trayecto hasta el puerto duró unos veinticinco minutos. Allí nos subimos a un barco pequeño, pero muy elegante y tardamos veinte minutos más hasta llegar a Fisher Island.

Yo nunca había estado en Miami; en verano me quedaba en casa o me iba a pasar unos días a Los Hamptons con amigos, pero tenía que admitir que era un lugar precioso. El cielo era de un increíble color azul claro, sin ninguna nube que se interpusiera entre el sol y la gente que deseaba pasar unas buenas vacaciones. Había palmeras por todas partes y, miraras donde miraras, veías cochazos.

La opulencia nunca me había llamado la atención, pero cuando llegamos a aquella isla no pude evitar asombrarme y mirar maravillada el lugar donde mi enemigo más acérrimo tenía su mansión.

No tuvimos que volver a coger el coche porque la lancha nos llevó directamente al puerto privado que Marcus ostentaba con orgullo. Allí, aparcados ante la mansión, ha-

bía un impresionante catamarán, un yate, dos lanchas pequeñas y tres motos acuáticas.

Estaba claro que no se aburría.

Un hombre trajeado se acercó al barco para ofrecerme la mano y ayudarme a bajar. Tendría unos cuarenta años e iba vestido de punta en blanco. Se presentó como Lionel, el mayordomo.

¿Mayordomo?

¿Se seguía utilizando esa palabra?

La mansión, blanca y con el tejado anaranjado, era impresionante. Tan grande que no entendí la necesidad de tener una casa así, si solo vivía él en ella... o a lo mejor estaba mal informada y tenía un séquito de mujeres y niños correteando por allí. No me hubiera extrañado encontrarme con un harén escondido en las profundidades de aquella mansión. En realidad, me esperaba cualquier cosa de alguien tan repugnante como él.

El jardín, extremadamente bien cuidado, colindaba casi con la orilla del mar, lo que daba a la casa el aspecto de una isla privada individual.

Desde el pequeño puerto se veía la piscina, gigantesca y cuadrada, cubierta por un impresionante porche blanco con columnas de una altura casi insultante.

Estaba claro que era la casa de un traficante.

Por muy bonito que fuera todo, no quise ni detenerme en los detalles.

No me importaba, quería irme de allí.

—Señorita Cortés, Naty, la cocinera, le ha preparado el almuerzo y tiene su habitación lista para descansar, si lo desea.

—No tengo hambre —contesté seca, al tiempo que entrábamos en la casa por la puerta trasera, la que daba al jardín que acabábamos de cruzar.

En el interior, todo relucía: el suelo de parqué, las paredes blancas, los muebles grises... Todo era como de catálogo.

—¿Quiere que le enseñe la casa, señorita? —me preguntó Lionel.

—Estoy cansada, en otra ocasión.

No se me escapaba lo fría que era con él, pero no quería hablar ni relacionarme con nada ni nadie que tuviese algo que ver con ese hombre.

Lionel me llevó hasta mi habitación, que estaba en la segunda planta; subimos por una escalera cuya balaustrada parecía tallada a mano. Unos cuantos pasillos, unas cuantas puertas que dejamos atrás, y Lionel abrió la que daba a mi habitación.

Tenía unas vistas increíbles al océano y al jardín. Desde allí podía ver la lancha con la que habíamos llegado, así como los guardaespaldas que controlaban el perímetro.

No solo estaban mis dos guardaespaldas, sino que mirara donde mirara había alguien vigilando.

Me estremecí. Me sentí encerrada, acorralada.

—La dejo para que se instale —dijo Lionel con calma—. Cualquier cosa que necesite, puede comunicarse por aquel interfono de allí —añadió, señalándome un aparato que había junto a la inmensa cama con dosel.

Asentí en silencio y me dejó sola.

Lo primero que hice fue sacar mi teléfono móvil y buscar el número de Liam. Necesitaba saber cómo estaba Tami. Necesitaba saber qué tal había ido la operación después de que le dispararan por mi culpa...

Dudé unos segundos antes de llamar.

¿Qué iba a decirle?

Me senté en la cama y miré hacia el suelo azul celeste.

¿Cómo podía contarle a mi mejor amigo que mi padre era un delincuente, que el disparo que había sufrido Tami iba dirigido a mí, que si estaban conmigo corrían un peligro terrible?

Dejé el teléfono y miré a mi alrededor.

Por muy bonito que fuese aquello, me sentí como si me hubiesen llevado a una mazmorra. No había escapatoria,

no podría escaparme de esa casa ni aunque contase con ayuda..., cosa que no tenía.

Tendría que permanecer allí hasta que las cosas se solucionaran, hasta que Marcus y mi padre consiguiesen acabar con la amenaza que pendía sobre mi cabeza... Y mientras tanto yo iba a tener que cuidarme sola.

Porque estaba segura de que lo que Marcus me había hecho era una simple caricia comparado con lo que podría llegar a hacerme. Sin poder evitarlo, la mente se me fue a Sebastian, la manera en la que me había besado y acariciado la noche anterior, casi me hizo el amor... Recordé su forma de detenerse, de explicarme su pasado, su oscuro secreto... Todo antes de llevarme en contra de mi voluntad al aeropuerto para dejarme en manos de Marcus.

Me sentía muy triste, pero no era una tristeza normal, sino una sensación que nunca había tenido antes. Sentía que algo amenazaba con llevarse todo lo que me definía: era como si me hubiesen metido en el cuerpo de otra persona, en la vida de alguien ajeno a mí misma. Me miré en el espejo de cuerpo entero de la habitación y no me reconocí. Pero lo peor era que no era mi casa, ni mi familia ni siquiera mis amigos lo que más añoraba... sino a él.

Se me hacía muy raro no verlo a mi alrededor, no escucharle decirme lo que podía hacer. Echaba de menos hasta su mirada crítica, sus ojos decepcionados cada vez que metía la pata. Me dio miedo pensar que Sebastian se había convertido en eso... en mi hogar.

Me había dicho que me quería, se había enamorado de mí... Y ahora estaba en esa mansión del infierno.

Dentro de mí, algo se removió y, furiosa, sin llegar a pensar lo que hacía, cogí el teléfono y lo tiré con todas mis fuerzas contra el enorme espejo que tenía delante.

El cristal se hizo añicos y los trozos cayeron sobre el parque, devolviéndome una imagen de mí misma completamente rota... destrozada.

«¿Por qué me has hecho esto, Sebastian?»

Me hice un ovillo encima de la cama y cerré los ojos con fuerza.

Debí de quedarme dormida porque, al abrir los ojos, apenas entraba claridad por la ventana. Me incorporé, agarrotada por haber estado en una posición muy incómoda, y busqué el interruptor de la luz con la mirada.

Casi me da un infarto cuando vi que allí sentado, apenas iluminado por la luz del atardecer, estaba Marcus, observándome con calma, los brazos apoyados en sus rodillas y la barbilla en sus manos entrelazadas.

—No era mi intención asustarte —dijo sin moverse ni cambiar de postura.

Mi mano estaba sobre mi corazón que latía enloquecido, no solo por la sorpresa, sino también por el miedo.

—¿Qué haces aquí?

Ahí sí que se movió, apoyó la espalda contra el pequeño sofá y me sonrió.

—Estás muy hermosa cuando duermes...

Fue tan espeluznante oírle decir eso que casi me entraron ganas de vomitar.

—Sal de mi habitación.

Marcus se puso de pie y se acercó sin perder la sonrisa de sus labios.

—Sé que estás muy cansada... y que los acontecimientos de las últimas horas seguramente te tengan aterrorizada, pero no puedes hablarme así en mi casa. ¿De acuerdo, princesa?

Giré el rostro cuando fue a tocarme la mejilla, pero me cogió el mentón y me obligó a mirarlo directamente.

—Aunque no lo creas, estás aquí porque me importas —añadió acariciándome la mejilla una y otra vez. Quise apartarlo de un manotazo, pero algo me dijo que era mejor quedarme quieta—. Mientras estés aquí no te pasará nada malo, te lo prometo.